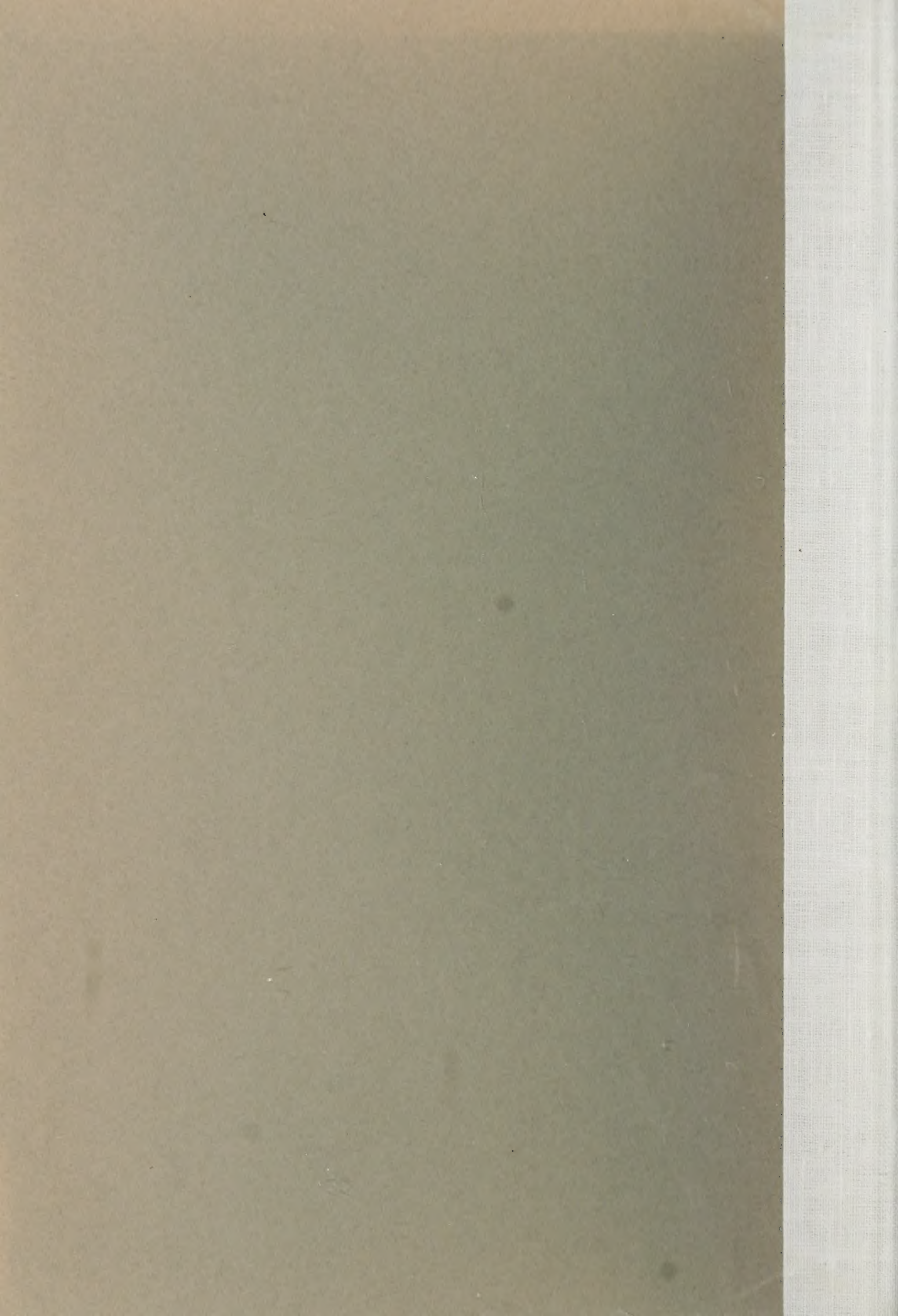
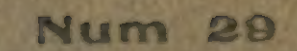
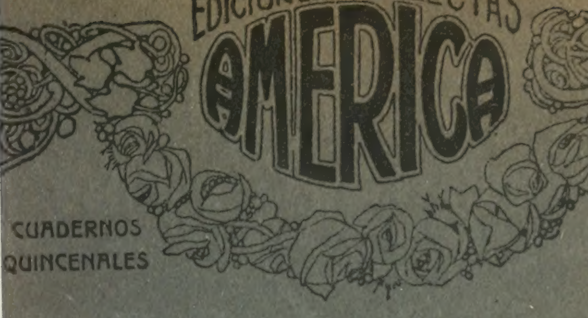
Vaz Ferreira, Carlos
Ideas y observaciones

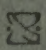






CUADERNOS QUINCENALES DE LETRAS Y CIENCIAS

CARLOS VAZ FERREIRA



Ideas y Observaciones

Dirección y Administración
CORRIENTES 830
Buenos Aires
1920



Dirección y Administración



CORRIENTES 830 (2º piso)

En breve iniciará la publicación de una serie de novelas escogidas que aparecerán quincenalmente, presentadas con esmero e impresas a dos colores, en papel ilustración.

Entre otros, se publicarán trabajos de:

Ricardo Rojas	Enrique Banchs
Mario Bravo	Elsa Jerusalem
Horacio Quiroga	Roberto F. Giusti
Benito Lynch	Roberto J. Payró
Alberto Gerchunoff	J. González Castillo
Arturo Capdevila	Martiniano Leguizamón
Ernesto Mario Barreda	José León Pagano
Héctor Pedro Blomberg	Samuel Eichelbaum
Manuel Gálvez	Edmundo Guibourg
Arturo Cancela	Arturo Marasso Rocca
Juan Carlos Dávalos	T. Allende Iragorri
Roberto Gache	Luis María Jordán
Federico A. Gutiérrez	Julio Noé
Edmundo Montagne	Francisco Contreras
Alfonsina Storni	R. Francisco Mazzoni
Rafael Alberto Arrieta	Alberto Mendioroz

PRECIO DE VENTA: En la Capital, $ 0.20
En el Interior, „ 0.25

Año II Tomo III

Horacio Quiroga	**Los Perseguidos.**
Enrique Banchs.......	**Lecturas.**
Mario Bravo.........	**Canciones de la soledad.**
* *Roberto Gache*........	**Del vestido y del desnudo.**
Carlos Vaz Ferreira ..	**Ideas y Observaciones.**

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

En la Argentina	Por un año	$ 5.00 m/n.
	„ seis meses	„ 2.50 „
	Número suelto 0.20 en la capital	
	0.25 en el interior	
En el exterior	Por un año	$ oro 2.50
	„ seis meses	„ oro 1.50
	Número suelto	„ oro 0.15

En nuestra administración quedan algunas colecciones de los dos primeros tomos de "AMÉRICA" que vendemos al precio $ 5 m/n. cada una. — — — — — — — — —

*** II Edición**



CARLOS VAZ FERREIRA

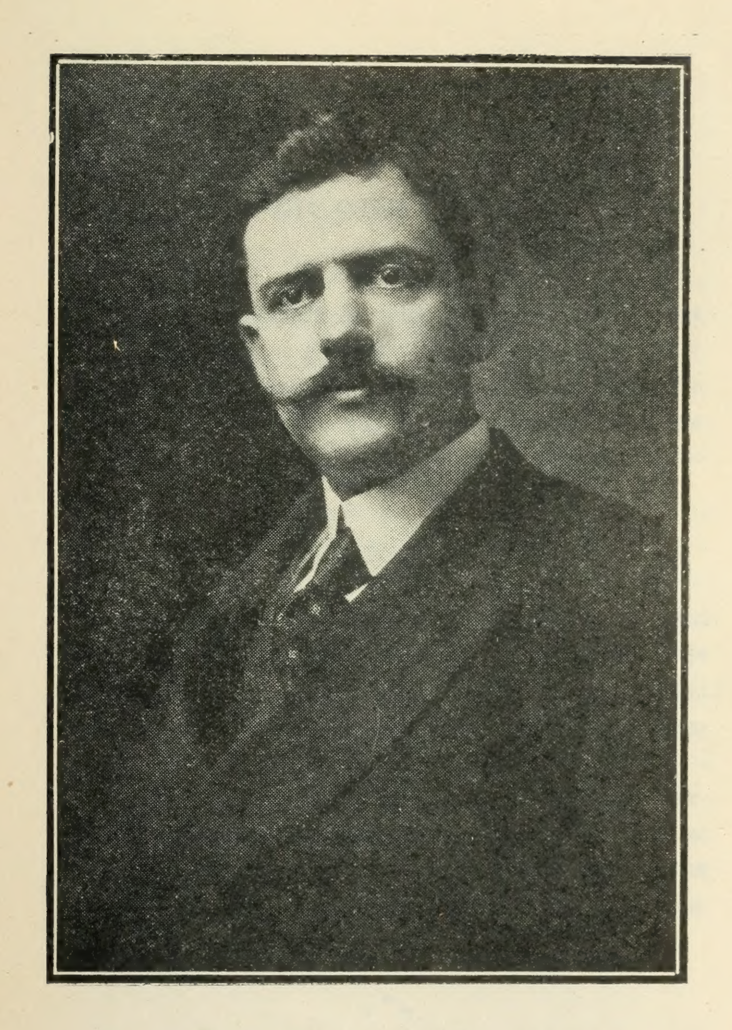
Ideas y Observaciones

DIRECTOR
SAMUEL GLUSBERG
BUENOS AIRES
1920

Los libros del profesor Vaz Ferreira a pesar de ser ya numerosos y de referirse casi todos a problemas de interés para los que estudian, no han encontrado todavía entre nosotros, la cantidad de lectores que merecen. Contadas son las personas que conocen la obra del pensador uruguayo.

Este cuaderno que hoy ofrecemos a nuestros lectores con páginas extractadas de sus fascículos y libros tiene pues, por principal objeto: inducir a la lectura y al conocimiento de esa obra.

El profesor Vaz Ferreira que desempeña ahora en Montevideo el puesto de maestro de conferencias, y es, muerto Rodó, la primer figura del pensamiento uruguayo, ha publicado junto a varios libros de texto de gran valor didáctico, las siguientes obras, formadas en su mayoría con lecciones y conferencias que ha ido pronunciando en la Universidad: «Ideas y observaciones», «Los problemas de la libertad», «Lógica Viva», «El pragmatismo» y «Moral para intelectuales».



PSICOGRAMAS

Cuando un hombre ha leído y pensado mucho, sus maneras de no entender son infinitamente más profundas e inteligentes que sus maneras de entender. En realidad, son las únicas que miden la profundidad que ha alcanzado su pensamiento. Pero no pueden expresarse con palabras.

* * *

Llaman los mecánicos prensa hidráulica a un aparato por cuyo medio pueden obtenerse los resultados más desproporcionados a las fuerzas del que lo usa. Un niño puede realizar trabajos enormes: levantar las más pesadas moles, o hacerlas polvo...

¿Quién no piensa en la otra prensa, en la que permite a cualquiera producir los más formidables efectos: levantar una reputación o triturarla!—La analogía es notable; hasta por la homonimia, que me salió por casualidad. Hasta por lo de los niños.

* * *

Actuando en malos y tristes tiempos, descubren, algunos, que están hechos de una pasta parecida a las

mezclas hidráulicas, que, en un medio disolvente, se ponen más duras.

* * *

Análogamente a la mecánica, la lógica postula que la inteligencia humana es un «sistema rígido». Al tratar, en la práctica, de la consecuencia y la sinceridad de los hombres, hay que hacer las correcciones necesarias.

* * *

Concedo majorem, nego majorem, decían en aquellos tiempos; en el mejor de los casos, *distinguo majorem*. No sabían lo bastante para decir *ignoro majorem,* o *non intelligo majorem,* o, simplemente, *diffido: desconfío de la mayor*, que es lo que aconseja la más elemental prudencia cuando alguno quiere violentarnos con sus silogismos.

Porque es realmente un procedimiento de violencia intelectual, la deducción metódica. Y de sorpresa: «¿Ve usted esta proposición? ¿La acepta usted? Recuerde que, una vez aceptada, no puede volverse atrás. ¿Ya está? Bien: Ahora mire lo que tenía adentro!»

* * *

Fórmula para saludar cualquier novedad literaria—escuela, tendencia o procedimiento: «Bienvenida; entendiéndose que no es en lugar de nada, sino además de todo».

Tan primordial es la misión del buen sentido, que tiene que empezar por decirnos en cada caso dado si corresponde o no, en él, apelar al buen sentido.

* * *

Como somos estéticos, nos gusta la pátina sobre las teorías como sobre las estatuas. Los resultados de esto son más malos que buenos.

* * *

Me gusta leer a veces buenos libros que no entiendo del todo, y aún los que apenas entiendo, como los tratados fundamentales de Física o Mecánica cuyos desenvolvimientos matemáticos no puedo seguir. Y el placer que experimento, y la razón por que aconsejo eso como un provechoso ejercicio intelectual, y hasta moral, es porque así se siente muy bien la *elevada sensación* de respeto por lo que no se sabe.

* * *

Errata: donde diga: «por la fuerza de las cosas», léase: «por la debilidad de los hombres».

* * *

Para atacar doctrinas corrientes en nombre de otras nuevas que se creen verdaderas, se necesita sin duda independencia de criterio y de carácter. Para defender,

contra ideas nuevas, las ideas corrientes que se creen verdaderas, puede necesitarse (cuando se es un espíritu autónomo, no un simple adepto inerte) mayor independencia todavía.

Y es grave la suerte de los que se oponen o hacen reservas a las teorías en boga. Mientras ésta dura, aparecen como espíritus incomprensivos o retardados. Después, caída la teoría en descrédito, arrastra con ella a sus críticos, a los cuales no se encuentra ningún mérito por haber tenido razón; ni ello interesa, si se recuerda.

* * *

«Al principio, el verbo era dios».

Lo grave no es precisamente que lo fuera al principio!...

* * *

«Un poeta ha muerto joven en el corazón de casi todos los hombres».

Y, en el de algunos hombres de ciencia, no ha sido de muerte natural!

* * *

Muy importante prácticamente, no pudiendo aspirar a tener razón en todo lo que creemos, es distinguir los casos en que creemos tener razón y los contrarios no pueden tenerla, y los casos en que creemos tener razón pero los contrarios podrían tenerla.

Del mismo modo que los cirujanos no emprenden una operación sin desinfectar previamente todos los útiles que se proponen usar, nadie debería empezar un raciocinio sin haber dejado de antemano todas las palabras que va a emplear, completamente asépticas de equívocos.

* * *

Si te gusta una cita, no procures conocer el libro. Si te gusta un libro, no procures conocer las obras completas. Si te gustan las obras—este es el consejo más prudente de todos — no procures conocer el autor.

* * *

Lo más peligroso para la independencia del pensamiento humano, no es precisamente que haya soluciones hechas, sino, ya, que haya problemas hechos.

* * *

¡El remordimiento!... Es exactamente como lo describen los sermones y las novelas morales: con la única diferencia de que, en vez de sentirlo los bribones, lo sienten las personas honradas.

* * *

Son muchos los hombres, en realidad, que tienen las dos condiciones que hacen al político o al funcionario honorable, y no necesitarían más que una pequeña ope-

ración: tienen la energía para abajo y la tolerancia para arriba; de manera que, si se pudiera darlos vuelta . . .

*
* *

Dos clases de «pensadores»: los que manejan las clasificaciones, y los que son manejados por ellas.

*
* *

Un ejercicio psicológico fecundo y ennoblecedor es ensayarnos frecuentemente en experimentar, ante las cosas de nuestro país, sensaciones de extranjero; ante las cosas de nuestra época, sensaciones de posteridad.

REACCIONES

Leyendo a Spencer

Por su faz antipática y estrecha, por su falta de simpatía y por su incomprensión semivoluntaria del pensamiento ajeno, tuvo este pensador bastante castigo, y adecuado a la falta como si hubiera arreglado las cosas un autor de cuentos morales. ¡Nunca quiso leer a Kant? pues su metafísica, su estética y su teoría del derecho resultaron luz cinérea de Kant. Y, a fuerza de sequedad y de dureza, dejó su sistema rígido y frágil como esas «lágrimas batávicas» de la física: a la menor rotura se deshizo en polvo.

Pero rechazo esa comparación, que sólo enfatiza los aspectos malos. Se me ocurre otra menos injusta; la lujuriante brotación ideológica con que este pensador cubrió en un momento dado todo el campo de los conocimientos humanos, fué como el «abono verde» de los agricultores.

A veces vemos extenderse ante nosotros un trebolar vasto y lozano, de lo cual nada está destinado a quedar: todo será enterrado; pero otras cosechas aprovecharán la tierra fecundada con tanta riqueza.

De la obra de Spencer, en sí misma, poco quedó. Pero, hoy ¿puede alguien estar seguro de no haberla utilizado?

Recuerdo haber oído hace algunos años, en una clase de Fisiología, una lección sobre las teorías de la herencia. El profesor citó primero las clásicas; después, las modernas; y, al terminar su enumeración, nos dijo: «de todas estas hipótesis, no creo que ninguna sea verdadera; pero, si he de indicar la más sugerente, paréceme que lo es todavía, a pesar del tiempo transcurrido, la vieja teoría de Spencer». Y como yo había sentido la misma impresión, me di a pensar, admirado, que aquella teoría que permanecía todavía más sugerente que todas las otras, posteriores y de especialistas, no era más que una especulación incidental de un hombre a quien se debían cien como esa en cada una de las direcciones distintas de la ciencia humana. Y me faltaba todavía ver aparecer algunos años después la Biología de Le Dantec, admirar sus atrevidas interpretaciones, la tentativa de explicación química de todas las manifestaciones vitales, y reconocer en la aplicación de esa tentativa a la herencia (simple resultado, según el eminente biologista, de la tendencia de cada sustancia química a tomar su forma propia) la vieja teoría de Spencer: la sugerente comparación entre la tendencia del animal y la del cristal, respectivamente, a tomar su forma.

Leyendo a Víctor Hugo

. . . .

. . . .

Muchos no admiran a Victor Hugo: es decir: no lo admiran como corresponde,—y son sinceros: la explicación no está más que en la enormidad extensiva e intensiva de la obra, que no se puede *aprehender* en un acto de percepcion estética. Victor Hugo no es *aperceptible*. Así, en lo material, se puede sentir en un acto estético la belleza de un jardín, de un torrente o de una montaña, pero no la de un continente.—Otros hacen paralelos con determinados poetas: con Vigny, con Musset; paralelos que *no tienen sentido*. Es como si se preguntara si tal jardín, tal torrente, tal montaña, es más o menos bella que un continente; lo que procede es comparar el jardín con alguno de los que hay en el continente, el torrente o la montaña con alguno de los que hay en el continente, que, en este caso, los tiene en profusión comparables a cualquiera, sin perjuicio de todas las malezas y demás vastas regiones estéticamente infrecuentables.....

. . . .

. . . .

Hugo pretendió, y creyó, unir lo trágico y lo cómico en su teatro, como Shakespeare; y los juntó, en efecto: pero la unión fué combinación en Shakespeare, y, en Hugo, mezcla.....

....

....

Leyendo el Eclesiastés

Ya en aquella época pudo notarse claramente cuánto más fuerte es la parte crítica que la parte dogmática, la parte negativa que la parte positiva, la *pars destruens* que la *pars construens* de lo que los hombres piensan y escriben debajo del sol.

Leyendo a Augusto Comte

Atreviéndose a hacer el paralelo, se pregunta el lector: ¿quién está más encerrado: un humilde preso en una celda estrecha pero con vistas al campo, al mar, al cielo, a los horizontes ilimitados,—o el Papa en su palacio vasto, rico, pero que acaba en un muro?

Por lo menos, es indudable que esta última situación favorece la tendencia a creerse infalible.

Leyendo a Gœthe

Cuando leo citas del «Fausto», o cuando las hago yo mismo, ese libro me parece de una genialidad sin medida. Cuando lo leo directamente, no tanto. Para admirarlo, mi tendencia es a considerarlo, más bien que como un libro organizado, como una especie de repertorio de frases para citar, admirables aisladamente, y con el mérito colosal de haber sido hechas por una misma persona.

Leyendo a Spinoza

En general, los filósofos que se consideran como *profundos* son los que dan a la filosofía un aspecto más parecido al de las matemáticas, es decir: los menos profundos de todos (pues son los que prescinden de más elementos de la realidad, para llegar a ese simplismo extremo).

Leyendo a Taine

Ya es incomprensible que los espíritus geniales puedan ser unilaterales, y paralogizarse; ¡cómo no ha de ser, entonces, el mayor de los misterios intelectuales,

este hecho de que la misma genialidad represente tan frecuentemente una facilidad, una disposición para los paralogismos de esta clase?

La inteligencia de este autor hace pensar en un caudal anchuroso y magnífico, pero de aguas petrificantes. Todo lo que tocó, lo dejó rígido. Y la obra es como un museo de cristales: variados, brillantes, de una suprema belleza geométrica; mas la sustancia ha perdido toda plasticidad y no admite moldeos ni retoques: el que quiera trabajar sobre ella, tiene qun empezar por romperla a martillazos.

Y el mismo cerebro de Taine... Un momento de fantasía: Supongamos que los cristales se perfeccionaran, en esa vida misteriosa que empieza a reconocerles la ciencia moderna, y «evolucionaran», evolucionaran tanto, que llegaran a pensar. Indudablemente, su manera de ver y explicar las cosas tendría ciertos caracteres especiales. Y ¿no le parece al lector que los cristales *de genio* harían teorías por el estilo de las Taine?

Leyendo a Verlaine

Los procedimientos de estas escuelas son una tentativa (es algo que hemos comprendido mejor después de James y Bergson) para expresar con palabras nuestro psiquismo no discursivo: esa realidad mental «fluida», de que no es expresión adecuada el pensamiento lógico,

esquema, ni el lenguaje, esquema de ese esquema. Por contradictorio que sea ese esfuerzo para expresar por la palabra lo que es rebelde a la palabra, se obtiene con él un poco, un principio de lo que desearíamos: *sugerimos* algo del psiqueo inexpresable. Lo que resulta hermoso y bueno, ya sea, ese psiquismo no discursivo, del común a todos los hombres o a algunos—materia simpatizable,—ya sea del exclusivamente personal, porque entonces damos un vislumbre de nuestro tesoro interior.

Comprender esto, nos hace más simpático lo sincero de esas escuelas. Y también (lo que espanta e indigna, teniendo en cuenta la cantidad de engaño, de exageración, de artificio, de *pose* y de *snobismo* que se pone en esos procedimientos, y también la gran disposición de ellos, mayor todavía que en los corrientes, para hacerse mecánicos y perder el espíritu) sentimos que hay una responsabilidad inmensa en manejar procedimientos que muerden hasta una región tan honda en las almas.

Y, precisamente, la verdad, la justicia, es mucho más difícil de obtener y de discernir en la expresión del psiqueo fluido que en la esquematización discursiva, porque la falsedad no consiste ya en dar una idea por otra, lo que es grosero, sino dar un matiz, un grado, por otro. Hay la misma diferencia que entre tocar mal el piano y tocar mal el violín: en el piano se toca una nota por otra, lo que es fácil de evitar y fácil de percibir: ese instrumento de notas fijas es el pensamiento discursivo, con sus ideas «solidificadas» por la acción de las

palabras. Pero en estas otras tentativas, la determinación de lo verdadero, la discriminación de lo sincero y lo insincero, son cuestiones de afinación, de una delicadeza infinita.

Leyendo a Renán

Refutar a este autor, cuando abusa de su superioridad intelectual sobre nosotros para desconcertarnos demasiado, es tarea bastante fácil, al alcance de cualquier persona dotada de una consecuencia lógica normal, buen sentido y claro criterio. Pero, para refutarlo, habría que decir vulgaridades.

En época como esta, no hay escritor mejor defendido.

FORZAR LA CREENCIA

En muchos casos, dice William James, nuestro sentimiento y nuestra voluntad deben hacer violencia a la creencia, y ello es necesario. Supongamos un hombre que se encuentra en una montaña y a quien sorprende la noche. En el descenso se encuentra con una solución de continuidad que le obliga a dar un salto. ¿A dónde lo conducirá ese salto? No lo sabe; quizás el fondo está a medio metro de distancia, y quizás es el abismo. No tiene ningún elemento propiamente intelectual para decidir; sin embargo, tiene que optar por dar el salto, puesto que, de lo contrario, perecerá de frío o víctima de las fieras. Supongamos, continúa James, que ese hombre, después de haber procurado resolver intelectualmente el problema, después de haber dudado, después de haber empleado mucho tiempo,—ya sin fuerzas, exhausto, lleno de desconfianza y de temor, se resuelve a dar el salto, y perece. Si en cambio ese hombre hubiera *creído* que su salto iba a ser eficaz, si se hubiera sentido capaz de darlo, y, por consiguiente, lo hubiera dado en un estado mental y corporal mucho más propicio, las probabilidades de salvarse habrían sido mucho mayores. He aquí, pues, un caso en que la fe, dice James, crea su propia verificacion. Pues bien, concluye

hay en la vida problemas,—precisamente *vitales;* que no admiten dilación: importantes, decisivos,—pue deben ser resueltos de esta manera: forzando nuestra creencia por el sentimiento y por la voluntad.

Yo he hecho notar, ante todo, que el ejemplo de James es malo; que, en este caso, la duda del sujeto se produce, en parte al menos, sobre su propia aptitud para saltar; que, en este caso, efectivamente la solution del problema depende, también en parte, de la misma actitud del sujeto; que los problemas religiosos no son de este orden; que la comparación sería aplicable a la cuestión, que puede plantearse una persona, sobre si tiene o no el temperamento necesario para adoptar cierta religión; no al caso de si esa religión es verdadera. El verdadero ejemplo sería uno en que la duda fuese puramente objetiva, esto es, que el sujeto dudara sobre si el fondo está muy cerca o muy lejos, dejando de lado la otra cuestión, esto es, de si él es capaz de dar el salto. En este caso, y aquí es donde reside la confusión fundamental, William James ha supuesto que no se puede dar el salto sin la creencia, siendo así que cabe una actitud diferente y es la de dar el salto o no darlo basándose en una probabilidad. Lo qué James no ha tenido en cuenta, es que no sólo se obra por creencias absolutas, si no que se obra también por probabilidades; y esta manera de obrar, aun pragmáticamente, es más beneficiosa. De otro modo, el que se acostumbre a convencerse, para obrar, de aquello de que no tiene pruebas, el que se acostumbre, por ejemplo,

cada vez que debe dar un salto, a convencerse de que el fondo está muy cerca y de que dará el salto con todo éxito, es cierto que en algunos casos podrá obtener de esa fe un cierto refuerzo de energía; pero no es menos cierto también que perderá todas las nociones de posición y de distancia, y que podrá acabar perdiendo la vida en una de esas empresas arriesgadísimas y absurdas.

Lo que olvida James, pues, es que, en los casos en que la razón nos ofrece dudas, cabe siempre la acción; que ésta no necesita de una creencia absoluta; que se puede obrar por probabilidades y aun por simples posibilidades, aunque sean muy remotas. Sea este ejemplo. Paso por una casa que se incendia, y sospecho que en el interior de esa casa hay una persona. ¿Acaso es necesario, para que yo penetre en la casa incendiada, que *me convenza;* que, forzando mi creencia por el sentimiento y la voluntad, yo produzca en mí, por la violencia, la convicción de que hay alguien en la casa? Ni esto es necesario, ni es conveniente siquiera: los males de esta clase de convicción serían mayores que los bienes. Yo sospecho, simplemente, que es posible que una persona esté allí, y por esa simple sospecha, por esa simple posibilidad, puedo arriesgar mi vida. Si debo o no hacerlo, es cuestión que se resolverá en cada caso; pero es evidente la posibilidad y la legitimidad, en ciertos casos, de esa clase de actitud.

La verdadera actitud ante los problemas religiosos, como ante todos los problemas, debe ser la siguiente:

Procurar analizarlos por la razón hasta donde sea posible. La razón podrá llevar más o menos lejos en la solución; nos dará certezas en ciertos casos, posibilidades o probabilidades en otros; y en otros, todavía, únicamente la duda o únicamente la ignorancia. Además de la razón, existe el sentimiento y existe la voluntad. Debemos dar al sentimiento y a la voluntad un papel legítimo, pero no combatiendo por medio de ellos a la razón. Es lícito obrar por sentimiento; pero—y aquí está toda la cuestión—a condición de *saber* que se obra por sentimiento; no forzando nunca la creencia. Tratándose, por ejemplo, de los problemas religiosos, podemos nosotros basar nuestra conducta sobre la tierra en una posibilidad, por más remota que pueda parecernos, si creemos que esa posibilidad merece determinar nuestra conducta en cierto sentido. Lo que es ilegítimo y lo que es funesto es forzar la creencia; es recurrir a procedimientos como los que preconiza James, o como el que aconsejaba Pascal, por ejemplo, cuando indicaba, con el objeto de adquirir la fe, asistir a las iglesias, emplear el agua bendita: «*cela vous abêtira*», y la fe vendrá después .. Esto es lo funesto.

De "*El Pragmatismo*".

LOS PLANOS MENTALES

Cuenta Edgar Poe que cierto niño tenía una habilidad especial para acertar casi siempre en el juego de pares o impares, y ganaba a los demás niños todas las bolitas que poseían. El juego consiste en adivinar si el otro niño ha escondido en su mano bolitas en número par o en número impar. Y el proceder de aquel niño, consistía en ponerse en la psicología del contrario, tratando de suponer su grado de penetración. Así, un niño completamente simple, pondría la primera vez pares, en la jugada siguiente pondría impares, y seguiría de ese modo alternando; otro, un poco más inteligente, pondría pares una vez, y se diría: «ahora el otro va a suponer que yo pongo impares, por lo cual pondré también pares otra vez...» El niño del ejemplo tenía el *instinto psicológico* necesario para apreciar el grado de penetración del que escondía las bolitas, y ponerse en su caso.

También en otro cuento de Edgar Poe, cierta carta había sido sustraída por un personaje político, y, aunque éste debía tenerla a mano para utilizarla, la policía, a pesar de todas las investigaciones hechas, no había podido dar con ella. Pues el protagonista del cuento la encuentra fácilmente, visitando el escritorio del ladrón,

y tomando de la papelera más visible de la habitación, una carta que tenía un aspecto completamente contrario: la sustraída era de sobre pequeño, y se veía allí una carta de sobre grande; la sustraída tenía letra de mujer y se veía allí una carta con letra de hombre, etc. Con la seguridad absoluta de que esa carta era la robada, se apodera de ella nuestro investigador, y acierta.

Ahora bien: vamos a hacer nosotros una observación, que después se nos volverá interesante, a propósito de cualquiera de estos dos ejemplos.

Supongamos el caso de las bolitas: un niño poco inteligente, pone la primera vez pares y la segunda vez impares; otro, algo más inteligente, pone pares dos veces; otro más inteligente, vuelve a hacer lo que hizo el primero, esto es, lo que hizo el torpe, porque piensa que el que está adivinando va a hacer el razonamiento del segundo, y él, entonces, lo sobrepasa, diremos, en un plano o en un círculo; y otro más inteligente volverá a hacer lo que el segundo; y así indefinidamente, alternando. Lo mismo puedo ponerme yo a razonar sobre si me conviene, para ocultar la carta, dar o no al sobre una apariencia opuesta a la que tenía. Yo puedo, en un primer círculo, por ejemplo, decirme: «como la carta tenía letra de mujer y el sobre era chico, le voy a poner letra de hombre y un sobre grande»; pero después podría decir, en un segundo círculo: «van a pensar que yo hago el anterior razonamiento; mejor, dejo la carta como estaba, y ellos se dirán: no va a ser tan tonto que deje la carta con la misma apariencia que tenía». Pero

puedo ser todavía más inteligente, o suponerlos todavía más inteligentes... etc., ¿me comprenden?

Recuerdo que una vez un poeta había publicado un libro de versos cuyo prólogo, sumamente elogioso, llevaba una firma completamente desconocida; y me cruzó la sospecha de que el autor se hubiera escrito a sí mismo el prólogo. Los versos eran buenos, y el prólogo estaba muy mal escrito; y yo me dije: «no puede ser, este prólogo, del autor, que escribe tan bien». Pero en seguida: «sin embargo, es posible que el autor, para despistar a los lectores, haya tratado de escribir mal el prólogo». Hubiera podido seguir, y decirme: «sin embargo, el autor podría haber supuesto el razonamiento mío, y, entonces, le convenía haber escrito el prólogo bien»—y así indefinidamente.

Lo interesante es que en el tercer plano se vuelve a creer lo que se creía en el primero, es decir: se viene a estar *en la misma tesis que al principio:* y, en el cuarto plano, se viene a estar en la misma tesis que en el segundo; y noten ustedes que el tercero, mucho más inteligente que el primero, viene a coincidir con él, que le es más distante en penetración que el segundo.

De "*Lógica Viva*" 1911.

EL PATRIOTISMO

El patriotismo es uno de esos sentimientos complejos a propósito de los cuales, a medida que se analiza, se van planteando problemas de los más graves. No es de aquellos sentimientos que pueden llevarse hasta el extremo, en la seguridad de que todo lo que contienen es absolutamente puro y absolutamente bueno. El patriotismo, que, en lo que tiene de positivo, es bueno y puro (solidaridad, sociabilidad), en lo que tiene de negativo, en lo que tiene de exclusivo y hasta en lo que tiene de hostil, es malo. Entonces, a las personas que, tanto por su inteligencia como por su afectividad, se levantan sobre cierto punto de vista estrecho, y sienten más hondamente la solidaridad humana, este sentimiento se les complica al extremo. De aquí justamente que sea en personas muy bien intencionadas y muy inteligentes en quienes surjan teorías como, por ejemplo, la de que el patriotismo es un sentimiento retardatario, regresivo, primitivo y absorbente: ejemplos actuales en ciertos países europeos, y notablemente en Francia. Ya saben a qué movimiento me refiero: nacido, en el espírittu de algunos, de las ideas socialistas; en otros, de sentimientos humanitarios, conmueve hoy a distintos países; hombres de gran valer llegan a combatir la noción de patria, no

para el futuro sino aún para el presente; y hasta vemos casos tan extremos como el de aquel profesor francés destituido por haber enseñado en un discurso que la bandera patria era «*un haillon*», e invitado a escupirla. Otras veces se complica la cuestión del patriotismo con la del pacifismo. El pacifismo no reviste siempre el carácter puramente defensivo en que todos estamos de acuerdo para reputarlo bueno, sino que a veces va más adelante. Suponen y sienten muchos que su amor a la paz debe llevarlos, al combatir la noción de patria, hasta a no preocuparse absolutamente de evitar la destrucción de ella, y aún a acelerar esa destrucción, si es el caso; de manera que ha podido decirse últimamente por un agitador francés (el que está dando su nombre al mismo movimiento) que el primer deber de los soldados llamados a servir en una guerra, es tirar contra sus propios oficiales.

Yo no puedo entrar a desarrollar este punto, pero les voy a presentar una imagen que creo que, si ustedes la meditan, les dará una solución aproximada, un poco fluctuante, sin duda, pero, en el fondo, bastante justa. Pensemos en la envoltura de las crisálidas. La crisálida está destinada a ser mariposa algún día; para ser preservada contra las influencias del medio exterior, contra las inclemencias del tiempo, contra la intemperie, necesita una envoltura. Yo creo que los sentimientos patrióticos son algo así como una envoltura preservadora de los sentimientos altruistas generales o ultrafamiliares. Estamos hoy, todavía, hechos de tal manera (hablo de

la mayoría) que nuestros sentimientos altruistas no pueden ser, por lo menos permanentemente, tan amplios que abarquen eficaz y prácticamente a toda la humanidad; pueden hacerlo, si, esporádicamente, incidentalmente y hasta cierto punto, y en eso somos ya infinitamente superiores a los antiguos; pero nos falta mucho todavía, aun para un ideal que reputamos realizable. Entonces, los sentimientos patrióticos, manteniendo aplicados esos sentimientos altruistas a una masa de hombres ya bastante considerable, los más semejantes a nosotros, y sin representar, al fin y al cabo, un impedimento demasiado grande para el ensanchamiento de los sentimientos solidarios, constituyen una envoltura preservadora.

Pues bien: con respecto a esa envoltura preservadora, como con respecto a la de las crisálidas, puede haber dos actitudes que yo reputo insensatas. La primera, sería creer que la envoltura está destinada a ser eterna. Y la segunda, sería esta otra; por que no va a ser eterna, pretender destruirla ya de inmediato. Esa segunda insensatez es la que a mi juicio cometen los antipatriotas de la especie sincera de que les hablo.

De *"Moral para intelectuales"*

EN EL PRÓXIMO CUAD[...]

ANTOLOGÍA D[...]
POETAS ARGENT[...]

(NÚMERO DOBLE)

IMP. "NOVITAS" DANON & CIA
RECONQUISTA 459 · BS. AS.